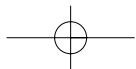
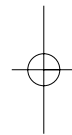
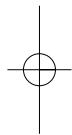


Chanquete Resurrection



LA CARTA

Faltaba poco para el mediodía. El encargado de la obra alzó majestuosamente la mano, cual César de los currelas, y estos, rompiendo filas, abandonaron las excavadoras y se dirigieron en tropel al bar más próximo para apaciguar un poco sus tripas, amén de regar con la vieja fermentada su hasta el momento seco gañote. Dejando atrás, como si de un campo de batalla se tratase, toda la maquinaria abandonada, con algunas de las palas aun incrustadas en la tierra, quizá intentando herirla, y multitud de ataúdes abiertos y reventados por todos lados, con los huesos de sus antiguos ocupantes esparcidos por doquier. Restos de una vida pasada que el tiempo y la desidia de sus familiares habían condenado al más cruel de los abandonos. Aquel viejo cementerio que un día sirvió de última morada a casi todos los habitantes de Nerja, tornaba ahora en futura urbanización de lujo, singular templo donde los hombres podrían practicar sin reparos la vieja religión del hedonismo. Aquella que, teniendo tiempo, algún que otro vicio y bastante parné, hasta el más tonto de sus miembros le recita a uno casi entero su catecismo particular. En cambio, los restos de parte de sus antiguos habitantes –aquellos cuyos huesos no habían sido reclamados por nadie para trasladarlos al nuevo cementerio– se amontonaban en una escombrera junto a carcomidas cajas de pino, cruces de piedra partidas y lápidas de mármol resquebrajadas. Incluso los obreros, al levantar una de las tumbas con la pala excavadora, descubrieron que el ataúd de la misma nunca había albergado ningún huésped. Qué cosas. Aunque lo que más les había llamado la atención fue la leyenda escrita en el muro del cementerio. Algún romántico anónimo, defensor a ultranza de los camposantos, había pintado una sentencia, plagio de aquella que don Benito dejó plasmada en uno de sus episodios nacionales, dirigida sin duda a los jerifaltes de la constructora: “Y entre los muertos siempre habrá una voz que dirá...me cago en tós vosotros, cacho cabrones...”

* * *

—...¡Ilumínanos Gran Señor de las Tinieblas! ¡Danos fuerzas para luchar contra nuestros numerosos enemigos! ¡Envíanos una señal! ¡Forza Satanás! ¡Forza Satanás! ¡Forza Satanás!...

Tras los tres cutres vítores finales, los ocho miembros de la secta se deshicieron de sus capuchones y se despidieron entre sí mientras salían en grupos de a cuatro de casa de la hermana Rita del Averno.

De estatura media, rostro agraciado, larga melena rubia y algunos kilillos de más, la hermana Rita era el miembro de la secta encargado de organizar las reuniones de su peculiar orden, Los Ocho Satánicos de Día. Nacida en febrero del noventa y cuatro, su original nombre se debía a que todos sus miembros eran currantes de la cadena de supermercados gabacha y muy dados a realizar simpáticas misas negras y todo tipo cultos satánicos. La anfitriona, charcutera, para más señas, poseía un pequeño cuartucho en su minúsculo apartamento del extrarradio de Leganés, donde se reunían los ocho conjurados una vez a la semana. Allí hablaban de la próxima venida de Belcebú, de quién sería el afortunado que tendría tatuado en la cocorota el número seiscientos sesenta y seis, de lo entrañable que era Dámien, el chavalín protagonista de La Profecía..., y en fin, de todas esos temas de que se supone que hablan los satánicos de toda la vida. El problema radicaba en que el habitáculo de reunión era prácticamente un zulo, estrecho y oscuro, ideal si se quiere para que los pitufos montasen un discopús de mala nota, pero no para que ocho personas grandes como castillos se pusieran a rezar y a dar botes más drogados que un tertuliano de cualquier programa de media noche. Allí, el que no le sacaba un ojo con el cirio al compare de al lado, le daba un rodillazo en los huevos al de enfrente o le pisaba el callo al sumo sacerdote, por lo que la mayoría de las veces el éxtasis no llegaba vía farlopa, ni vía cánticos repetitivos, sino vía jarabe de palo. Algo que muy bien había podido comprobar en sus propias carnes el hermano Tinieblas, jefe de la pandilla, amén de reponedor en la empresa fransuá. En uno de los múltiples éxtasis de la cuadrilla, Willy Nosferatu le incrustó un cirio, encendido y todo, allá por donde la espalda pierde su nombre. Su terrible grito heló la sangre al resto de tarados, que de buenas a primeras comprobaron como la enérgica y

varonil voz de su jefe tornaba en potente y aflautada, cual *castrati* de serie b, mismamente la de Joselito de chavalín, antes de que fuese a probar fortuna a Angola disfrazado de clickmercenario, claro.

En fin, que una vez que la hermana Rita se quedó sola, subió las persianas y abrió las ventanas, iluminando y ventilando la casa, para que entrase un poco de fresquibiri, que una cosa era ser satánica y otra tener complejo de morcón de la bodega del primo Eufrasio. Mientras realizaba la complicada operación, observó distraída la correspondencia acumulada sobre la mesa que había junto a la televisión, donde destacaba sobre los demás un terrible sobre de color verde fosforito. Apenas le había prestado atención en lo que iba de semana, pero en ese momento aquel sobre parecía decirle “ábreme”. Se acercó hasta él y comprobó que no tenía remitente. Rasgó el sobre. Dentro encontró una cuartilla, también verde fosforito, con el siguiente texto:

“Dentro de quince días se cumplen veinticinco años de la muerte de Chanquete. Espero que seas fiel a la promesa que hicimos ante su tumba, y te reúnas con todos nosotros en la casa del señor Masib el día 28 de agosto a las seis de la tarde para rememorar esa fecha y mantener el juramento.

Fdo: La Pandilla.”

—¡Sapristi!... Ya ni me acordaba de la pandilla esta de los huevos... Ni del viejo... No han pasado años ni ná.

Lentamente, fue bajando la misiva hasta dejarla sobre la mesa. Una riada de recuerdos inundó entonces algunos de los múltiples cauces de su memoria, logrando incluso que, de vez en cuando, un sonrisa se dibujase en su rostro.

—Tito, Javi, Pancho, Bea.... Guarrilla..., Chanquete... Cuánto tiempo... Cómo se llamaba el gordo... Ah, sí... Piraña. Y la loro... Rosi... Visi... No, no... Desi, Desi, claro. Qué fea era la hija de la gran puta. Y ese otro que no aportaba nada... Sí, hombre, el escudero de Javi... Felipe o algo así, no me acuerdo. Ya ves tú, Belcebú. Y el viejo. Menudo coñazo que me dio. Que tío más terrible... No costó nada enterrarlo, que duraba más que un seiscientos de los años setenta...

Tras su múltiples comentarios en voz alta, que no eran sino dardos cargados de nostalgia lanzados contra la lejana diana del pasado, de nuevo regresó al mundo real, el de levantarse a las seis de la

mañana para ir al Día, el del chopped fin de fiesta y el de las costosas facturas telefónicas gracias a sus numerosas llamadas a la bruja Lola.

–El juramento... Supongo que ellos también lo habrán respetado. Aquello no estuvo bien... Aunque qué coño, para qué engañarnos... Tampoco estuvo mal. Más les vale haberlo cumplido... Y en casa del señor Masib, que tiene que estar casi en ruinas... Les habrán dejado las llaves, supongo que a Pancho, porque el magomierda ese debe estar ya listo de papeles desde hace tiempo... Pardiez, que recuerdos me están viniendo...

Aun con una parte de su mente en una cena en casa del señor Masib con todos los de la pandi, la parte libre tiró de Julia y le puso a marcar el número de la estación de autobuses para reservar un billete para Málaga.

–Quisiera un billete para Málaga para el día veintiocho de agosto.

Tras reservar el billete, colgó y se sentó en el sofá a echar un cigarrito. Y de nuevo volvieron los recuerdos de aquel lejano verano en Nerja mientras, distraída, ponía un cedé del Dúo Dinámico –satánico cien por cien sin necesidad de escucharlo al revés– y se colaban entre el humo las primeras estrofas de *El final del verano*.

* * *

Pese a lo temprano de la mañana, el sol ya empezaba a morder con fuerza la fachada del gigantesco centro comercial PanchoSol, sólida construcción de mediados de los noventa que ocupaba casi toda una manzana de la calle principal de Nerja. Y allá arriba, en la última planta de un edificio anexo de diez pisos, el dueño del megacentro platicaba con su secretaria sobre lo divino y lo humano.

–¿Entonces Luisa, echamos un casquete o no?

–Ay, ay, Don Pancho, por Dios...

–¡Ooooootra veeeee! ¡Qué no me llames don Pancho, coño! Pancho, a secas, o Filomeno, que es mi nombre verdadero –repuso don Pancho, perdón, Filomeno, con cierto malestar.

–¿Filomeno? ¿Y de dónde viene lo de Pancho? –preguntó interesada Luisa, que intentaba, así, salir por peteneras de las cochinas propuestas del boss.

–Hombre, si te parece, con este nombre como para no ponerse otro apodo de guerra menos cutre.

–Pues Pancho...

–¿Qué le pasa a Pancho, niñata? Pufff, con qué gente me toca lidiar cada día. Pero en fin, a lo que vamos Luisa, ¿qué hay de lo nuestro?

–¿Lo nuestro?

–¡Sí, lo nuestro! El casquete.

–Que no, Pancho, que yo tengo novio y le soy fiel. Y por muchos panchosoles que me ofrezcas no tienes nada que hacer conmigo. Lo siento por ti.

–¡Ja! ¡Esta sí que es buena! La que lo va sentir vas a ser tú, que como no pases por la piedra te veo fregando más escaleras que la madre de Marco. Y lo de los panchosoles ni lo sueñes, guapa.

–Pero Pancho, ¡tú no serías capaz de echarme por no acostarme contigo!

–¿Que no?

–Pero..., pero..., mi novio..., mi dignidad...

–Se termina tu tiempo, mozuela. Así que...

La situación se decantaba bastante del lado del jefe, por lo que Luisa tenía pocas opciones de salir de aquel entuerto de rositas. Y encima sin panchosoles, la famosa moneda creada por su jefe para pagar en los establecimientos comerciales de su cadena. Por el anverso salía el horroroso careto del dueño de Panchosol, por el reverso una bicicleta mierdosa con carrito de lechero acoplado, copia fiel del instrumento con el que decían que había construido los cimientos de su imperio.

–Entonces, Luisita... Que se me acaba la paciencia...

Luisita sabía que hay situaciones en la vida donde una se tenía que jugar los cuartos sin dudar, apostando por su dignidad y sus principios frente a deshonestas proposiciones en las que lo único que una puede perder, por ejemplo, es su trabajo.

–Eh..., eh..., no, si estaba de broma, hombre. ¿Te sabes esa de “Una vieja y un viejo van pa Albacete, van pa Albacete”...?

Por lo visto, esta no era una de esas situaciones, así que nuestra simpática secretaria comenzó a desabrocharse la blusa mientras su jefe ya tenía bajada la portañica de sus pantalones desde hacía un rato.

Justo en ese momento llamaron a la puerta, por lo que ambos pecadores tuvieron que adecentarse a toda pastilla para que no los pillasen in *franganti*. Y el que peor lo pasó fue Pancho, que tenía ya su colt –bueno, mejor dicho su *collillo*–, desenfundado cuando tocaron retirada y, al subirse la cremallera de un tirón, estuvo a punto de cortar de cuajo su inseparable compañera de tantos años.

Entró entonces Silvia, administrativa macizorra y de generosa delantera y, por cierto, pilonera nata, ya que su puesto de jefa de administrativas no lo había conseguido precisamente por su dominio del Excel. En sus manos traía un sobre verde fosforito que alguien había dejado en recepción. Tras colocarlo rápidamente en la mesa, se largó como alma que lleva el diablo, pues la moza se había percatado de que, probablemente, acababa de interrumpir a su jefe cuando se disponía a sintonizar radio Andorra con los potentes diales que se marcaban en la prieta blusa de Luisita.

Pancho cogió el sobre entre sus manos y lo abrió.

–¡Cáspita! ¡Ya ni me acordaba de estos...! ¡Y es Bea la que firma la carta! ¡Bea! ¡Bea! Pufff, con la de años que han pasado... Y que nunca me hizo caso...

Aún con la sorpresa en el cuerpo, se sentó en el sillón de su despacho y se metió un güiscazo triple, a palo seco, sin hielo ni nada, que a su lado John Wayne hubiera sido un simple niñato de esos del botellón.

–Pancho, ¿qué te ocurre? Parece que has visto un fantasma... –preguntó entonces Luisita, que parecía intuir aliviada que a su jefe se le había dormido el gusano, retirándolo seguramente a sus cuarteles de invierno a esperar que se presentase mejor ocasión.

–¡Vaish, vaish! –replicó Pancho con un autoritario movimiento de la mano derecha que señalaba la puerta.

Luisita desapareció rápidamente, dando gracias a los dioses por haber conseguido escapar inmaculada de aquella comprometida situación. Mientras, Pancho, con la mirada perdida, recordaba las aventuras de aquel verano de veintitantos años atrás en el que la chica que le había partido el cuore de nuevo aparecía en escena.

–Bea, que niña mas guapa... Quique... Tito..., el Piraña... Jajaja. Desi... Puafffff... Javi, maldito pijo de mierda... Julia... Chanquete... No era nadie el viejo. Aunque qué coñazo con el acordeón... Para mí que

le ponía Julia... O incluso Bea... Seguro que era un pediatra de esos... —el agua de fuego que se estaba metiendo el amigo Pancho ayudaba tanto a adornar los recuerdos como a lograr que, poco a poco, se fuera quedando sopa en su sillón. Sobre todo a partir del quinto—. Já, por lo menos seguro que ninguno está tan forrado como yo. No me voy a descojonar ni nada de Javi... Espero que hayan mantenido la promesa... Más les vale... Aunque con lo bocazas que era el Tito... Pues las ganas de ir a casa del señor Masib, que está a punto de ser derruída... Seguro que ha sido idea de Julia, que siempre fue una flipada... Muy rarita... Lesbiana, seguro. ¡Aaaayyy, Beaaa, mi niñaaa!

Tras recordar a su amada con aquel suspiro tipo saeta semanasantera, el etílico dueño de la poderosa cadena Pachosol se quedó frito. Y entre sus manos quedó la foto que acababa de sacar de su escritorio, algo amarillenta y con las esquinas muy dañadas y en la que se podía apreciar a toda la pandilla sentada en La Dorada, con Chanquete a un lado con su camiseta de rayas y su puñetero acordeón y Julia al otro, sonriendo todos ante la instantánea que les acababa de hacer Frasco.

* * *

—¡Que no fío! ¡Lo he dicho más de mil veces! ¡Lárgate antes de que llame a la pasma!

—¡Pero no me hagas esto, *José*! ¡No seas cabrón! ¡Solo me queda una pantalla para rescatar a la princesa! ¡Una pantallaaaaa! —comentó, exaltado, Gabino. ¡Déjame solo cinco duros! ¡Solo una moneda y ya está...!

—¡Que no! ¡Que te den por el ano! Aquí, o pagas o te largas, que ya está bien de abusar de mí con la excusa de que has llegado a la última pantalla.

El pobre Gabino, cautivo y desarmado, salió del local bastante exaltado, con los puños apretados y jurando en arameo y con la sólida promesa de que un día le quemaría el chiringuito al maldito José de los cojones.

Mientras tanto, José de los cojones abrió la caja registradora para ver cómo marchaba su negocio y comprobó extasiado cómo rebosaba de billetes por todos lados. “Buen negocio este de las